6

¿CUÁLES SON LOS CARACTERES DIFERENCIALES

DE LA MONOMANÍA Y DE LA PASION?

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: C
Estante: 001
Número: 094 (6)

R. 30118

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUJÍA

DON SANTIAGO LOPEZ ARGÜETA Y LANDETE,

EN EL ACTO SOLEMNE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

en la misma Facultad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MADRID

MADRID.
Imprenta de Manuel Tello, calle de Preciados, núm. 86.
1862.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: C
Estante: 001
Número: 094 (6)

Estante
C
38
21(27)

R. 30118

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUJÍA

DON SANTIAGO LOPEZ ARGÜETA Y LANDETE,

EN EL ACTO SOLEMNE

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

en la misma Facultad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MADRID

MADRID.
Imprenta de Manuel Tello, calle de Preciados, núm. 86.
1862.

¿Cuáles son los caracteres diferenciales de la monomanía y de la pasion?

Excmo. é Ilmo. señor:

Al recorrer, siquiera sea rápidamente, la importante historia del orígen, marcha y progresos de los conocimientos humanos, el espíritu se eleva y engrandece, convenciendo al hombre de su dignidad y supremacía sobre los demás seres de la creacion, á la vez que de su pequeñez con respecto á la omnipotencia y sabiduría de su Eterno Creador.

Reconociendo sumisos un límite á la inteligencia humana, más allá del que no le es dado penetrar, es sorprendente, sin embargo, la inmensa órbita que el hombre ha trazado en alas de la inteligencia misma. Compárese el habitante de un país civilizado con el salvaje errante del desierto, y tal vez nos inclinariamos á considerarlos como individuos de distinta especie, más que por los caracteres exteriores y atributos de la raza, por la diferencia y por la extension de sus conocimientos. Y si esta comparacion, hecha al acaso entre inteligencias vulgares, se hiciese presentando como tipo alguno de esos genios privilegiados que la Providencia crea de tiempo en tiempo, y á cuyo poderoso empuje los límites de las ciencias se han engrandecido, apareciendo nuevos horizontes, destruyéndose errores que se habian tenido por mucho tiempo como verdades científicas, en-

tonces, Excmo. señor, nuestra admiracion acrece, á la par que nuestra gratitud, por el don inefable de la inteligencia, con que el Supremo Hacedor dotó á su más predilecta criatura.

Es no solo superior á mi posibilidad, sino tambien extraño al objeto de este discurso, hacer la historia del hombre como ser inteligente, que al fin no seria otra cosa que la exposicion, siempre imperfecta, de los adelantos de las ciencias, la industria y la cultura. Ciertamente, si nos fuese posible obtener aquel resultado, apareceria bien probada la supremacía intelectual sobre la parte física de nuestro ser; pero sin duda no habriamos completado su estudio bajo aquella faz, ni cumplido la célebre máxima inscrita en el templo de Delfos: *Conócete á tí mismo*.

No se aprecia en todo su valor la esplendente brillantez del astro luminoso del globo, examinándole solo en su *zenit:* es necesario tambien contemplarle en su *ocaso;* y á la manera que el naturalista nos daria una idea imperfecta de la creacion, describiendo la suavidad y frescura del ambiente, el aroma de las flores, la belleza de los prados, el gorjeo de las aves, y los demás encantos de la naturaleza, siempre superiores á lo que permite expresar el lenguaje y la imaginacion más poética, ocultándonos la impetuosidad del viento, la lobreguez de la noche, el fragor del rayo, la lava del cráter, y tantos otros fenómenos imponentes de la naturaleza misma, así tambien para comprender y estudiar la inteligencia del hombre, es necesario no considerarlo solo en su aspecto bello. Desgraciadamente aquella tiene tambien su ocaso, su lóbrega noche, sus rayos y tempestades. Las pasiones y las enfermedades mentales, formarian con otras tintas, las sombras é imperfecciones más notables del cuadro que habriamos pretendido pintar.

No seria trabajo muy difícil bosquejar al hombre en ese estado lamentable de perturbacion general y profunda, ó abolicion completa de su razon, ya por la exaltacion de su

inteligencia, falta de voluntad, sueño de la conciencia, y error de todas las sensaciones, constituyendo la *manía* (furor); ó cuando la voluntad es inerte, la conciencia está desolada y solo se hacen esfuerzos inútiles de la memoria, el juicio y la atencion, como en la *demencia*; ó finalmente, cuando no existe ningun sentimiento de las necesidades físicas, ninguna percepcion, evidenciándose así la ruina total de la inteligencia, como caracteres del *embrutecimiento*, la *amencia*.

Mayor dificultad hallariamos, sin duda, si pretendiéramos presentar al hombre en la abyeccion á que le conducen ciertas pasiones exageradas: y puesto que la misma energía puede tener en la virtud, que tiene desgraciada, no necesariamente en el crímen; veriamos que no hay atentado execrable de que no se manifieste capaz, así como del heroismo más sublime. Desconsolador es en sumo grado contemplar que el rey de la creacion, orgulloso con su noble destino, es tambien el más funesto y despreciable de todos los animales, excediéndoles en sus feroces instintos, convirtiéndose en el rey de los monstruos, deshonrando su destino y labrando su oprobio.

Hecho el paralelo entre esas dos situaciones extremas, en que coloca á nuestro ser la enfermedad mental ó el incompleto desarrollo de la masa encefálica, y la viciosa y errónea direccion de las necesidades animales, sociales é intelectuales, que sentidas con violencia y sin el freno de las contrarias, de la razon y la voluntad, conviértense en *pasiones*, aparecerian caracteres diferenciales en su orígen, marcha, tipo y terminaciones, bastantes para evitar la confusion entre dos estados distintos, en su acepcion científica, aun cuando concedamos al uno relacion cierta de *causalidad* respecto al otro. Empero el desarreglo morboso de la inteligencia no es siempre tan completo y profundo, que aparezca evidente al más superficial exámen; en todas épocas, y sea cual fuera el estado de la ciencia respecto á estas enfermedades, se ha

observado que, *en ocasiones*, los trastornos de la razon se anuncian con síntomas ligeros y parciales; que la inteligencia parece en general sana, y el extravío se refiere á un solo objeto ó á una reducida série de ideas, respecto á las que hay falsedad del juicio, aun cuando la concepcion sea viva, penetrante y rápida, y la imaginacion ardiente, expresándose el individuo con propiedad y precision, y tal vez teniendo conciencia de su trastorno moral ó intelectual.

Ahora bien: esta locura parcial, descrita por algunos poetas, filósofos, historiadores y médicos, que se habia confundido, ya con la *mania* ó *demencia* furiosas, cuando provocaba actos de furor; y ya con la *melancolía*, cuando se caracterizaba por la tristeza, el disgusto, la morosidad ó el pavor, y á la que Esquirol dió el nombre de *monomanía*, ¿es tambien fácil distinguirla de la pasion? ¿Cuáles son en este caso los caracteres diferenciales de uno y otro estado?

Tal es el tema que he elegido entre los redactados con destino á estos actos, segun dispone el artículo 214 del Reglamento de las Universidades. Su procedencia justifica bien la importancia de la cuestion.

I.

Habíanse estudiado con más detencion, en proporcion á los progresos de la medicina en general, los trastornos y aberraciones morbosas de que es susceptible la inteligencia humana; y caracterizadas ya individualmente todas las formas de las phrenopatías, aparecia tambien más evidente aquella, en que la inteligencia, las afecciones y la voluntad están alteradas parcialmente, compendiándose el desórden sobre un objeto, ó ideas circunscritas, ó patentizándose solo por trastornos de la sensibilidad, los sentimientos y las inclinaciones. Esta inmunidad de la inteligencia, de la razon y

de la voluntad, fuera del delirio, quedando estas facultades al servicio del mismo, de manera que partiendo el individuo de un principio, de una premisa falsa, sus razonamientos y consecuencias son rigorosamente lógicas y verdaderas, no podia menos de aparecer inverosímil y como un contrasentido para las personas no suficientemente versadas en este género de estudios.

Las denominaciones de *locura moral*, de Prichard; *manía sin delirio*, *manía razonadora*, de Pinel; *manía tranquila*, de muchos autores; *exaltacion maniaca*, de Brierre; *monomanía intelectual*, *afectiva*, *razonadora*, de Esquirol; parecian no satisfacer cumplidamente las exigencias de los jurisconsultos y de los moralistas.

Se ha imputado por unos y otros á los médicos la pretension de multiplicar sin razon los padecimientos mentales, y disputándoles la competencia para calificarlos, los Kant, Coste, Regnault y otros, preséntase por este último, como epígrafe de una obra (1), el pasaje de Shakspeare, *Hespeaks-noting bud madman*. «Ve locos por todas partes.»

Ya en 1770, eran absueltos los monomaniacos por los tribunales de Alemania, y muy posteriormente todavía condenados por los de Francia. Contra la monomanía y las propensiones irresistibles que la acompañan, dominaba en algunos magistrados tan funesta prevencion, que indujo á uno de ellos á proferir á presencia de M. Marc el anatema siguiente: «Si la monomanía es una enfermedad, es menes»ter, cuando arrastra á crímenes capitales, curarla en la »plaza de la Gréve» (2).

Habíase imaginado que hay una relacion constante entre el vicio y la enagenacion mental, como si esta no se debiese

---

(1) «Del grado de competencia de los médicos en las cuestiones judi»ciales relativas á las alteraciones mentales, y de las teorías filosóficas »sobre la monomanía homicida, seguida de nuevas reflexiones sobre el »homicidio, la libertad moral, etc.—1830.»

(2) Plaza de Paris donde se ajusticia á los reos.

tambien á causas absolutamente extrañas á los desarreglos morales voluntarios. Heinroth decia *que la trasgresion de la ley divina era el orígen del desórden intelectual, dependiendo del hombre ser ó no enagenado.* El marqués de Barthélémy, al discutirse la ley de enagenados en la Cámara de los Pares de Francia, manifestaba, *que los autores están de acuerdo en que las pasiones más bajas y viles son las que desenvuelven la enagenacion mental; que el número de locos está en relacion en todos los paises con el de los criminales, y que la locura se declara con más intensidad en la edad en que se manifiesta el crímen.* El Padre Lacordaire pretendia probar en uno de sus discursos, *que la locura, cuando no el resultado de un accidente físico, no es otra cosa que el suicidio del espíritu, provocado las más veces por el orgullo.*

M. Foville dice haber visto apenas dos ó tres monomaniacos en la Salpêtrière y en Saint-Yon (Rouen), creyendo que las diferentes formas de delirio llamadas manía y monomanía, no son sino la expresion propia del temperamento y carácter de los diferentes enagenados. Falret, fundado en el análisis de las observaciones recogidas por diferentes autores y en su propia experiencia, pretende que no hay monomanía propiamente dicha, es decir, delirio sobre un solo asunto. Marc, por el contrario, admite y distingue muchas variedades de aquellas; de cuya opinion participa Baillarger, sosteniendo que al principio, y algunas veces largo tiempo despues, no existe sino una idea delirante, ó una série de ideas, siempre la misma, debiendo por tanto tenerse presente la principal, sin ocuparse de las accesorias. Segun el sentir de Calmeil, la monomanía es más frecuente que las otras especies de enagenacion, y las mujeres la padecen más que los hombres. La cifra de los enfermos monomaniacos admitidos en Charenton, es á la de las admisiones totales como 1 á 2-17. Esquirol clasifica en varias especies estas enagenaciones parciales, cuya denominacion varió, presentando multitud de observaciones en apoyo de

sus doctrinas. Además, pretendiendo perifrasear las palabras *Nihil á demone, multa ficta, á morbo pauca*, con que Marescot, Riolan y Duret terminaron un informe en causa de hechicería, seguida al fin del décimo quinto siglo, al caracterizar el homicidio en los monomaniacos homicidas, habia dicho Esquirol: *Nihil á crimine, nulla ficta, á morbo tota;* y esta figura retórica, no suficientemente meditada, produjo alarma, haciendo olvidar la sincera expresion de los sentimientos de aquel, cuando acababa de decir: «No permita »Dios que, favorecedores del materialismo y del fatalismo, »pretendamos crear ó defender teorías subversivas de la »moral, de la sociedad y la religion. No pretendemos cons»tituirnos en defensores del crímen y trasformar los grandes »atentados en accesos de locura; pero creemos que la doc»trina de la *monomanía* es otra cosa que el crímen excusado »por el crímen mismo. Esta palabra, como hemos dicho, »no es un sistema ni una teoría; es la expresion de un he»cho observado por los médicos de todos los tiempos.»

Tambien en el lenguaje social, en el jurídico y científico, es muy frecuente ver confundidas las voces pasion, locura, delirio, enagenacion, manía, ilusion, alucinacion y otras, que deben representar y representan en efecto ideas diferentes, denominándose á veces loco al hombre frívolo de la sociedad, á los perturbadores del órden público, á los de vida sexual desarreglada, al suicida y á algunos criminales, así como tambien á los mártires religiosos, á los dedicados á la vida contemplativa y abstracta, y á otros no locos; habiendo un autor recomendable (1), á quien somos deudores de muchas ideas de este discurso, formado diferentes grupos, y citado observaciones prácticas importantes, al hablar de las pasiones intelectuales, como tipos de la manía del estudio, de la música, del órden, de las colecciones y del

(1) J. B. F. Descuret. «La medicina de las pasiones, ó las pasiones »consideradas con respecto á las enfermedades, las leyes y la religion.»

fanatismo artístico, político y religioso; como si pretendiese justificar el dicho de Séneca: *Nullum magnum ingenium sine mixtura dementiæ.*

Tales y tantos motivos, que aún podrian ampliarse, hacen evidente, no solo la conveniencia, sino la necesidad de buscar un criterio científico, que dirija nuestras investigaciones y marque los límites entre las enagenaciones mentales parciales, (monomanías, si asi quiere llamárseles) y las pasiones, distinguiendo los actos involuntarios é irresponsables en el un caso, de los punibles é imputables en otro. La sociedad está altamente interesada en ello, porque de otro modo seria, valiéndonos de una elocuente frase de M. Descuret, poner la inmoralidad al nivel del infortunio, ofreciendo al crímen una garantía de impunidad.

II.

Por numerosos y variados que sean los argumentos dirigidos á impugnar el extravío mental morboso parcial y circunscritos, en mi sentir, absurdos si tienden á negar la existencia del hecho, y solo aceptables en cuanto pretendan determinar mejor sus formas, reducirlas á sus justos límites, separar lo esencial de lo accesorio, y perfeccionar su estudio; siempre aparecerán como verdades inconcusas, adquiridas definitivamente por la ciencia; que aun cuando no admitiésemos con Falret (1), locura sin delirio, es decir, sin trastorno de las facultades intelectuales, la aberracion de los sentimientos, en muchos desgraciados, no la caracterizaría menos que el desórden de las ideas. *La sensibilidad* está muchas veces dolorosamente afectada en el periodo de ini-

(1) *Leçons chliniques de Medicine mentale. Première partie.*—1854; página 43.

ciacion de la enfermedad, acaso por el sentimiento confuso que tiene el individuo de la ausencia de sus antiguas ideas, ó de la impotencia en que se encuentra de recobrar completamente su existencia moral. Buscando en esta situacion causas que puedan explicar su ansiedad, las encuentra equivocadamente en el mundo exterior, ó en sí mismo, y algunas veces en potencias secretas ó en influencias misteriosas, apareciendo entonces fenómenos de reaccion más intensos y mejor determinados, que dan cierto carácter á sus actos exteriores, respecto á sus deudos, á sus amigos ó á sí propios; ó prestan al delirio el colorido de las ideas dominantes en la época social, tales como la hechicería, la magia, la física, la astronomía, el magnetismo y otras, constituyendo el fondo de todas las especies de *melancolías*. A veces se experimenta una exaltacion placentera de la sensibilidad, que encanta el presente y se extiende al porvenir; pero para ello es necesario que la memoria no interponga sus recuerdos, y que la recta razon suspenda su accion, con anterioridad ciertamente á las manifestaciones expansivas.

Tambien es una verdad, suficientemente comprobada, que á las modificaciones de la sensibilidad suceden cambios profundos del *carácter*, apareciendo desde entonces más evidente la locura, que unas veces no consisten sino en la exageracion de las disposiciones anteriores, como en las enagenaciones de evolucion lenta, sin que esta aberracion muda y latente de los sentimientos, deje de ser un signo del delirio, tan significativo como los discursos y las concepciones más insensatas; ó bien ofrecen aquellos cambios una trasformacion completa de la personalidad, viéndose suceder al disimulo la franqueza, la mentira á la veracidad, la prodigalidad al órden, la presuncion á la modestia, la indecencia al pudor, ú otros contrastes análogos.

A aberraciones tambien de la *sensibilidad* y de los *sentimientos*, superiores á las de la inteligencia, pertenecen esas lagunas é inconsecuencias que, en oposicion á todas las con-

veniencias de la sociedad, y contra sus costumbres habituales, presentan algunos desgraciados, y que es necesario comprobar por medio de una observacion indirecta, ó sea por los *hechos negativos*; porque no es posible concebir que un sugeto razonable, por chocante que aparezcan su originalidad ó excentricidades, presente sentimientos opuestos á los de un espíritu sano, en la gestion de sus intereses, en la prevision para lo futuro, en sus relaciones con los propios ó extraños, y en la apreciacion, por último, de sus propias sensaciones y necesidades íntimas, ya sean agradables ó dolorosas.

A pesar de que, en el estado normal como en el morboso, la accion de nuestras facultades intelectuales es simultánea y sinérgica, razon por la que el estudio psicológico de las enagenaciones mentales exige ciertas condiciones, que no se han satisfecho siempre, causando por tanto errores que pudieron evitarse, dejando de examinar la lesion aislada, y relacionándola con todas las condiciones en el seno de las cuales se produce; y aun cuando la lesion de dichas facultades intelectuales en los enagenados, no aparece, las más veces, sino despues de las modificaciones generales de la sensibilidad, de que ya nos hemos ocupado ligeramente, es un hecho bien comprobado por la observacion, que además de la exaltacion ó disminucion de aquellas facultades, presentan en las phrenopatías aberraciones que aún permanecen inexplicadas.

Fiel la *memoria* algunas veces, respecto á las ideas antiguas, está abolida para las recientes, ó por el contrario, solo puede recordar las últimas impresiones, pareciendo haber roto el espíritu de tal modo con su pasado, que la identidad de la persona aparece dudosa: algunos enfermos datan solo su existencia desde la época de su enfermedad. Y aun cuando esta trasformacion no puede ser nunca el resultado de una simple lesion de la memoria, contribuye esta, con las otras facultades, y las alteraciones de la sensibilidad y

de los sentimientos, á verificar aquel cambio. Asociando un recuerdo histórico, un olor desagradable, el ruido de cadenas, la ligereza de los cuerpos, su pesantez, su friabilidad, ú otro género de ideas, á los expresados trastornos de la sensibilidad, convierten al enagenado en un César, un condenado, un globo, un cuerpo pesado ó un objeto quebradizo. Siendo sorprendente que la memoria excitada, disminuida, ó extraviada durante la enfermedad, se fortifica á veces en la convalecencia, hasta tal punto, que pueden los individuos recordar todo lo que ha sucedido en su derredor, y dar cuenta de sus disposiciones interiores, del móvil de sus ideas y sentimientos, de sus palabras y sus actos.

Profundamente alterada se halla la *atencion* en los enagenados: su concentracion y fijeza en los melancólicos es tal, que los aisla y pone en desacuerdo con el mundo exterior; pudiendo decirse que estos desgraciados están más bien absortos que atentos; sienten y no piensan, segun la observacion justa de Esquirol. Como la atencion necesita para ejercerse el concurso de la voluntad, y la participacion de esta es muy diferente respecto á las preocupaciones del sentimiento y las del espíritu, en el primer caso la volicion es secundaria y aun puede dejar de existir. ¿Hay acaso necesidad de prestar atencion al placer ó al dolor? Cuando el sentimiento es espontáneo, manda y no obedece. Por lo demás, la atencion, como las otras facultades intelectuales en el estado sano y enfermo, no puede considerarse presente, ausente ó pervertida aisladamente. La psicología y la patología unidas, patentizan el enlace mútuo entre todas. Es un error suponer que las lesiones del entendimiento pueden compendiarse en las de la atencion.

El *juicio* es la facultad intelectual que necesita más que todas el concurso de las demás. Su lesion expresa sintéticamente, en el lenguaje comun, el trastorno mental. Ausente del todo en los maniacos, puede estar solo desarreglado en los delirios parciales, ya por la preponderancia de una

idea ó un sentimiento, como sucede tambien en el estado de pasion y al hombre sábio, ya por la incapacidad de la atencion, ó por el defecto de la memoria. Dos cosas igualmente notables presenta el juicio en las monomanías: una la perspicacia para señalar y descubrir, apropiándose ó desechando, cuanto puede contrariar ó servir á la idea predominante, y la otra la precision en el razonamiento y la lógica de las conclusiones en los asuntos extraños á aquella.

Más desordenada que débil se halla la *imaginacion* en los enagenados no dementes. Esta facultad, que se ha llamado por algunos, la loca de la casa, por las condiciones del cerebro en las enagenaciones, por su vitalidad exuberante en algunas, así como tambien por el sentimiento presuntuoso de sus fuerzas en estos individuos, toma tales giros, se eleva, inspira y exalta en ocasiones, hasta parecer sobrenatural. Sus numerosos y variados destellos forman las más poéticas páginas de la enagenacion mental considerada solo bajo su aspecto novelesco.

Hay defecto de la *voluntad* en el principio de las enagenaciones parciales tristes, caracterizado por una circunspeccion excesiva y grande indecision en las más simples situaciones. Igualmente hay ausencia de aquella facultad en el estado crónico, sobre todo en la demencia, representando la debilidad ó ruina de todas las facultades. Pero en otros casos la voluntad está exaltada por consecuencia de un sentimiento exagerado de la fuerza física ó moral, ó por la violencia del sentimiento que domina al enfermo y que constituye una necesidad apremiante de accion en las direcciones abiertas al delirio. Las lesiones de la voluntad, son dependientes las más veces de las de la sensibilidad.

La *conciencia*, ese sentimiento íntimo regulador de nuestras acciones, sufre necesariamente notables aberraciones en el enagenado; pero es indudable que la conciencia intelectual está más deteriorada á veces que la moral. Muy pocas, conoce aquel los errores de su espíritu, aun cuando

conserve en cierto grado la nocion del bien y del mal. Parece demostrado que estos desgraciados tienen, en ocasiones, más conciencia que voluntad y libertad moral para obrar en determinadas circunstancias y con diferentes motivos, que explican á su modo. En otros casos, cuando son más pronunciados los desórdenes intelectuales que se enlazan con el juicio, la conciencia está en defecto, ó en absoluto silencio, sin que nada avise entonces al enagenado los trastornos profundos de su razon.

Convencidos de que la alteracion inicial de las facultades intelectuales reside en el conjunto, se han estudiado con más detenimiento los resultados de la accion mórbida de estas facultades, ó sea la evolucion de las ideas delirantes. Como en el estado normal, aquellas surgen espontáneamente, son atraidas por otras ideas ó recuerdos, ó por nuevas impresiones. Aun cuando esta espontaneidad haya sido negada por algunos filósofos en el estado sano, y por ciertos médicos en el de delirio, es un hecho, si bien excepcional, evidente en las phrenopatías generales y parciales; pero no bastaba conocer la produccion de las ideas pasajeras y fugaces, era necesario explicar la formacion de las predominantes; y la observacion ha hecho conocer, que para que las primeras se adopten como verdades, tomando el carácter de las segundas, era preciso que surgiesen en un medio preparado á recibirlas, y en suelo capaz de hacerlas germinar. Así es que las ideas tristes fructifican en los individuos anteriormente melancólicos, como las alegres y expansivas en los de una exaltacion general. Aun pudiera añadirse, que dichas ideas son el producto directo del carácter individual; y como el hombre no puede encontrar la fórmula de sus sentimientos ó de sus disposiciones psyquicas, sino en dos fuentes principales, el mundo interior y el exterior, esto explica la variedad de los delirios, segun los individuos y las épocas sociales.

Fuera de aquellos casos, ciertos, pero excepcionales, en

que una fuerte predisposicion ó una causa ocasional violenta, produce una invasion repentina de la enagenacion mental, rápida como el rayo ó un incendio, en la generalidad de aquellas puede observarse la creacion gradual y progresiva del delirio, con preferencia en los parciales, constituyendo el *periodo de incubacion*, ó sea la primera faz de la evolucion de la idea fija. Esta se convierte en el centro comun, al rededor del que, convergen los pensamientos y reflexiones del enfermo, por extraviados que sean; cada una vez más, busca apoyo y motivos con que legitimar la idea dominante: combina y elabora en su espíritu la fábula que le ha de subyugar, y á pesar de los vacíos y lagunas que su inteligencia no le permite apreciar, llega gradualmente á una verdadera *sistematizacion* de su delirio, que constituye el verdadero periodo agudo de las enagenaciones mentales. Más tarde, estos infortunados, en vez de añadir á las ideas delirantes nuevos conceptos y pruebas que las apoyen, variando sus detalles, se limitan á reproducirlas, bajo la misma forma y con las mismas frases, apareciendo un delirio que puede llamarse *estereotipado*, y que constituye el periodo crónico de aquellas afecciones.

Otros dos fenómenos psyquicos, las *ilusiones* y las *alucinaciones*, vienen á prestar nuevo colorido y á sostener los trastornos mentales. En el sentido rigorosamente lógico, ambos fenómenos no han debido separarse nunca de los demás desórdenes de la inteligencia, de los que no difieren sino por su objeto, que es una sensacion en vez de una idea ó un sentimiento. El análisis filosófico de los hechos referentes á las ilusiones, convence de que estas tienen su asiento y su causa en la inteligencia y en el cerebro, siendo necesario, para valorar su verdadera naturaleza, elevarse al conocimiento de las alteraciones del juicio y de la imaginacion. Esta opinion, distinta de la de Esquirol, que hace consistir la diferencia de la ilusion y la alucinacion en la alteracion de los sentidos ó de los nervios, que han de trasmitir las im-

presiones, en el primer fenómeno y en la lesion solo del cerebro en el segundo, está fundada en observaciones evidentes y en el más severo estudio filosófico.

Igualmente acompañan, sostienen y dan con frecuencia carácter á los desórdenes ya enumerados, anomalías de la sensibilidad general, representadas por la hiperestesia, anesthesia ó insensibilidad completa, que producen á veces trasformacion de la personalidad (1), casi indiferencia á los extremos de la temperatura, ó una impasibilidad sorprendente: acompañan lesiones de la motilidad, que la influencia moral no puede explicar; afecciones espasmódicas de los órganos interiores, y otros trastornos evidentes en las funciones genitales, de nutricion, circulacion, secreciones, respiracion, sueño ó vigilia, ó de los diferentes órganos que concurren á su desempeño.

Para completar, este más bien resúmen, que exposicion analítica de los fenómenos bien observados en las enagenaciones mentales parciales, deberíamos tambien expresar el carácter que les imprime su etiología, las diversas fases del periodo de estado, sus remisiones, paroxismos é intermitencias, así como sus trasformaciones, complicaciones y terminacion; porque todo este conjunto forma la fisonomía propia de aquellos estados morbosos, dándoles un colorido que no corresponde sino á ellos mismos. Omitimos por ahora mayores detalles, á reserva de fijar despues la atencion en algunos de ellos.

III.

Si es lamentable el estado de enagenacion mental que producen multitud de causas, entre las que figuran los vicios y las pasiones, es sin duda infinitamente más funesta

(1) He asistido en el hospital de dementes de Granada, de cuyo establecimiento fuí Médico-director, un maniaco que en una noche se desgarró con los dientes y comió, toda la piel que cubria el dorso de su

y degradante la posicion en que nos coloca el desborde de aquellas.

Cuando algunos filósofos del último siglo creian que el hombre nacia por esencia vicioso, degradado y perverso, en guerra con sus semejantes, como los soldados de Cadmo, para devorarse mutuamente, calumniaban sin duda al Autor Supremo de nuestra vida; pero esta impía ofensa, inferida á la vez á la más predilecta de sus criaturas, no habria podido formularse sin el apoyo de los hechos.

Siempre elocuente y filósofo profundo, exclamaba Bossuet: «¿Qué viene á ser el hombre? ¿Es un prodigio? ¿Es »por ventura una reunion monstruosa de cosas incompati»bles? ¿Es un enigma inexplicable? ¿O será más bien, si »así se me permite hablar, un simple resto de sí mismo, »una sombra de lo que era en su orígen, un edificio arrui»nado, que en medio de sus escombros conserva todavía »algo de la grandiosidad y belleza de su primera forma? »Cayó arruinado..... por su depravadísima voluntad: hun»dióse el techo sobre los cimientos; pero remuévanse los »escombros, y debajo de ellos se encontrarán todavía los »planos de construccion, la idea del primer diseño y las se»ñales que puso el Arquitecto.»

Dos aspectos diferentes presenta en efecto el hombre, semejante á aquellos monstruos caprichosos creados por su imaginacion, que con una cabeza cuyos contornos encantan, terminan por una cola que se arrastra y enrosca en el fango.

¡A tales y otros símiles se presta la humanidad degradada por las pasiones!

Importante es en alto grado el estudio de la etimología, definicion y clasificacion de las pasiones, hecha por los filó-

---

mano izquierda y mitad inferior del antebrazo, para ensayar y probar la firmeza de la dentadura de plata, que en su delirio suponia tener. Fué sorprendido en esta ocupacion, y en el acto ni despues dió la menor señal de dolor y sufrimiento.

sofos y moralistas, y el exámen de las doctrinas emitidas en todo tiempo respecto á aquellas, entre las que domina, sin disputa, la que profesa el Cristianismo; pero forzosamente he de renunciar á dicho estudio, porque lo impide la premura de este acto, y porque basta á mi objeto presentar algunos de los caracteres más notables de las pasiones.

Convenimos con Descuret, en que la actividad del hombre se excita por impulsos interiores ó exteriores, que á su vez, provocan necesidades, móviles de sus acciones; en que el animal y el párvulo ceden fácilmente al estímulo de aquellas, y el adulto despues de haber juzgado si puede ó debe satisfacerlas. Hay, pues, dos guias en el hombre: el instinto y la razon; discordes muchas veces, la vida es un combate, una lid, como la llama la Escritura: *Militia est vita hominis super terram.*

Si la necesidad es sentida con demasiada violencia, violento á su vez el deseo, nos deja obrar instantánea y ciegamente contra nuestro deber, interés y voluntad, dando orígen á la *pasion*, que en opinion del citado autor, no es más que *la tirania de una necesidad.*

Y puesto que el hombre tiene necesidades *animales* por su organizacion; *sociales*, porque la sociabilidad es un atributo de su naturaleza; é *intelectuales*, porque á la inteligencia debe la supremacía de su ser, admitamos la division de sus pasiones en estas tres especies, así como le concedemos *deberes animales ó fisiológicos, sociales é intelectuales;* deberes que forman el límite, la línea estrecha que separa la necesidad de la pasion, el bien del mal.

Compréndese fácilmente que el orígen de las pasiones, su marcha é incremento, su carácter y trasformaciones sean consecuencia de la edad, sexo, climas, alimentos, predisposiciones hereditarias, constitucion individual, enfermedades, educacion, hábito y ejemplo, posicion social, creencias religiosas, forma de gobierno, y por último, de cuanto constituye la atmósfera física y moral que rodea al individuo.

Tienen las pasiones su semiología, ó signos que las caracterizan, porque el cuerpo se altera y cambia cuando se conmueve el alma; y no es solo el rostro el espejo donde pueden reflejarse aquellas: la constitucion del individuo, la forma y capacidad de su cabeza, el gesto, el timbre de la voz, el lenguaje, la actitud, los movimientos, hábitos y demás, contribuyen por su conjunto y armonía á calcular con acierto, muchas veces, el estado moral de un sugeto. Dejemos, empero, á los Lavater, Gall, Spurzhein, Broussais, Dumontier y otros continuadores de Aristóteles, Galeno y Alberto el Grande, ponerse de acuerdo sobre el valor relativo de sus dos sistemas, y aguardemos á que la ciencia pronuncie su último fallo, dividido hoy entre crédulos con excesiva candidez, escépticos y poderosos impugnadores.

No es siempre igualmente violento y rápido el desarrollo de las pasiones: precede un momento en que la razon puede deliberar sobre su adopcion. Satisfechas, se hacen cada una vez más insaciables, y de aquí tres periodos, en los que nos incitan de distinto modo: en el primero *piden*, en el segundo *exigen*, y en el tercero *obligan*.

Análogas á las enfermedades, siguen tambien una *marcha aguda ó crónica*, desaparecen y se presentan, algunas veces, con cierta especie de *periodicidad*: hay relaciones bien conocidas entre la naturaleza de las pasiones y la edad en que se experimentan. Se complican mutuamente, ó más bien, se componen de la mezcla de diferentes elementos morales. Por la influencia de la parte moral sobre la física, determinan efectos morbosos en los órganos, en vez de ser estos, como se creia en otro tiempo (1), de una manera absoluta, el orígen de la emocion. Son susceptibles de propagarse por imitacion. Tienen ciertas pasiones su terminacion crítica, ó vienen á producir diversas enfermedades, la lo-

(1) *Homines splene rident, felle irascuntur, jecore amant, pulmone jactam, corde sapiunt*, etc.

cura, una muerte prematura, el suicidio, el oprobio, la miseria, la negligencia ó incredulidad religiosa, y los crímenes.

Por respeto á este sitio, y por no abusar tanto de la benevolencia del Claustro, dejaré de exponer la sintomatología ó caracteres físicos de algunas de esas pasiones malévolas, que rebajan nuestra dignidad personal, como laceran los intereses sociales. Su fisonomía repugnante se presenta demasiado á nuestra vista, para que deje de sernos conocida, y pintores eminentes, á quienes no puedo imitar, han hecho repetidas veces su más exacto retrato. Pero conviene á mi intento fijar la atencion sobre ciertos hechos capitales, en que están conformes los filósofos moralistas y los médicos.

Hemos dicho ya que las pasiones se complican ó componen de diferentes elementos morales; así es que dominan algunas á un mismo tiempo y con igual intensidad.

Por violentas que sean dichas pasiones, no es infrecuente que la voluntad y algunos obstáculos, entre los que deben contarse el remordimiento de la conciencia, el temor al castigo, otra pasion, y varios más, paralicen ó suspendan sus perniciosos efectos.

Aun cuando sea tan extremada la pertinacia de aquellas, que la voluntad permanezca inerte ante el sentimiento moral que las condena, es un hecho cierto que muchas veces, por no luchar de frente con los obstáculos que se oponen á su logro, por medio de combinaciones intelectuales, que prueban discernimiento, grande perspicacia, voluntad firme, y aun á costa de sacrificios, se llega al objeto, en medio de las apariencias más engañosas, que alejan hasta la sospecha de la existencia de la pasion. ¿Quién ignora los artificios de que se vale la hipocresía, tan severamente condenada por la moral, y cuyos farisáicos disfraces es difícil enumerar?

Tambien es ciertísimo que en medio de la fogosidad de las pasiones más violentas, si la razon no llega á dominarlas en los momentos críticos de su accion, muy luego el

sentimiento moral se despierta, y permaneciendo viva la nocion del bien y del mal, nuestra conciencia las condena. Por degradado que se considere al hombre, y por extremada que sea la perversidad de sus extravíos, siente siempre el severo fallo de aquella, cuyos gritos le siguen por todas partes. Los más grandes criminales, reunidos, establecen forzosamente entre sí leyes equitativas y sociales, que cumplen con el mayor rigor y sin violencia, presentando á veces la contradiccion más monstruosa entre sus actos familiares y los de su odiosa ocupacion. Los trasportados en la Gran-Bretaña á Botany-Bay, conocen la necesidad de hacerse buenos para vivir juntos. Y este hecho, comprobado en todas partes, se ha ofrecido como un argumento poderoso, contra los que pretendian que el hombre era perverso por su propia naturaleza.

Diré, por último, que la religion cristiana, con la sabiduría que la imprime su orígen divino, condena las pasiones que llama pecados, y distingue en veniales ó perdonables, y en mortales, porque quitan al alma la vida de la gracia, hasta que se regenera por medio de la penitencia y del arrepentimiento: estos últimos se denominan tambien capitales, porque son el principio y manantial de los demás pecados. En esta sólida base se apoyan las legislaciones más sábias, para castigar con más ó menos severidad los extravíos de las pasiones y los hechos criminales que frecuentemente determinan. Las leyes divinas y humanas, pues, al obrar así, niegan la *irresistibilidad* de aquellas, y reconocen en el hombre el poder de refrenarlas y extinguirlas. De otra manera, estas leyes serian injustas.

IV.

El estudio que sobre las enagenaciones mentales parciales llamadas *monomanías*, y sobre las *pasiones*, acabamos de terminar, por más elemental y reducido que sea, en fuerza

de la índole de este trabajo, prueba suficientemente, en mi sentir, que entre ambos estados hay diferencias radicales importantísimas, que no debieron jamás dar lugar á confundirlos.

Todavía, sin embargo, para esforzar esta asercion y hacer resaltar los caracteres diferenciales más evidentes, vamos á ocuparnos de otro órden de reflexiones.

Repítense con tanta frecuencia las opiniones de que *las pasiones son la causa ocasional ó determinante que con más constancia produce la locura, que no difiere de aquellas sino por su duracion* (1), y la de *la poderosa influencia de la civilizacion en el desarrollo y progreso de las enagenaciones mentales;* que parece no haber lugar ya á la controversia, como si hubiesen adquirido dichas opiniones el carácter de dogmas científicos.

En efecto, ante las afirmaciones de Parchappe (2), de Georget (3), de Brierre, de Boismont (4), las de Foville (5), Morelli (6) y otros escritores, temeridad reprensible seria en mí sujetar siquiera á discusion aquellas doctrinas, si no tuviese el apoyo de autoridades tan eminentes como Leuret, Cerise, Guislain, Monneret, Fleury y otras, más ó menos discordes con aquellos, y sobre todo, la potente fuerza de algunos raciocinios que nos harán comprender la necesidad de modificar la afirmacion demasiado absoluta de aquellas conclusiones.

Los que dan á las pasiones una preponderante influencia en la produccion de las enagenaciones mentales, no pueden

---

(1) Descuret, obra citada.

(2) Del predominio de las causas morales en la produccion de la locura.—*Annales médico-psycholigiques.* T. II, pág. 358.

(3) *Causes morales et physiques de la folie.* (*Dictionnaire* en 25 vol.)

(4) «Influencia de la civilizacion en el desarrollo de la locura.»
«Influencia poderosa de la idea en la produccion de la locura.»

(5) *Dictionnaire de medicine et de chirurgie practiques.* T. II, p. 520.

(6) *De la folie dans ses rapports avec quelques uns des éléments de la civilisation.*

ignorar que la locura apenas se padece en las naciones nómadas asiáticas y africanas y entre los salvajes de la América y otros puntos que viven al estado primitivo. En la Nubia no se ha encontrado un solo enagenado y solo halló dos idiotas M. Aubert al recorrer la Abyssinia en todas direcciones. Una reciente publicacion de Spengler, manifiesta que en el Cairo, con una poblacion de 300,000 almas, los establecimientos de enagenados solo albergaban 75 individuos, algunos de ellos de las comarcas inmediatas. Negativos son tambien los datos recogidos en Constantinopla, y las investigaciones hechas en la Palestina produjeron solo dos enagenados en Alejandría y otros dos en Jerusalen, cuyas poblaciones pasan de 70,000 almas. El P. Smet, conocido por sus escritos y largos viajes, en los puntos de América habitados por los salvajes, confirmando el dicho de Humboldt, dice no haber encontrado un solo enagenado propiamente tal, y sí algunos idiotas, en esta parte del Nuevo-Mundo. Tambien el Dr. Williams, que ha residido por espacio de muchos años en la China, asegura que la enagenacion mental es una enfermedad muy rara en estos paises.

Tampoco pueden ignorar los partidarios de la exagerada influencia de las pasiones en la locura, que los habitantes de esas tribus y comarcas que acabamos de recorrer, tienen las suyas mucho más fuertes que en las razas civilizadas, y que sus instintos, acaso fieros; las guerras con las tribus comarcanas, que dan lugar á venganzas atroces y crueldades horribles; las supersticiones, hijas de la idolatria, ó sus creencias religiosas; sus privaciones y otras consecuencias de su barbarie, forman un conjunto de causas morales, que así dañan su físico, como afectar deben su parte moral. Además, muchos de los paises citados tienen una civilizacion, que podrá distar más ó menos de la europea, pero que los separa mucho de los pueblos salvajes y de los tiempos primitivos.

Estos hechos innegables contrarían evidentemente la afirmacion absoluta de que las pasiones son la causa determinante más eficaz de la enagenacion mental. En cambio, parecen robustecer la que culpa á la civilizacion en el aumento progresivo de aquella dolencia. Fijemos un instante nuestra atencion tambien en este raciocinio.

A mi ver, han sido vanos los esfuerzos hechos por Brierre para desvanecer el argumento irónico que le han dirigido los que juzgan errôneo afirmar que el número de enagenados de una nacion esté representado por su civilizacion y cultura. Si así fuese, se ha dicho, el máximum de esta corresponderia á la Noruega y el mínimum al Piamonte, valorando con exactitud los términos del problema. Y en efecto, el fallo inapelable de los números, hoy que la estadística, en esta y otras cuestiones médicas, facilita su solucion, no está en favor de la proposicion de que nos ocupamos. Aún pudiéramos añadir, que si la civilizacion, considerada en su verdadero sentido, tuviese la marcada influencia en el progreso de las enagenaciones mentales que se le supone, no podria haber sido tomada, en cuenta, ni discutida sériamente por Esquirol, la cuestion de si existian en sus dias más número de locos que cuarenta años antes; no habria sido resuelta en un sentido negativo (1), y los establecimientos de enagenados representarian tambien relativamente algunos signos de esa civilizacion, que fomentaba su hospitalidad. Respecto á este último extremo, los hechos hablan en contrario. Yo creo que Séneca se expresó en un sentido metafórico cuando dijo la proposicion que antes hemos citado: *Nullum magnum ingenium sine mixtura dementiæ.* Al menos hoy no son los grandes ingenios, los favorecidos por la civilizacion, los que pueblan aquellos asilos.

En tal estado, y cuando ninguna de las dos proposiciones de que tratamos deja de presentar flancos vulnerables,

---

(1) *Des maladies mentales*, etc., par Esquirol; t. II, pág. 301.

veamos si es posible salir de este, al parecer, círculo vicioso.

Yo opino con Guislain (á quien hemos citado y cuyas juiciosas reflexiones utilizaremos todavía), que la diferencia que existe entre esas naciones salvajes y las civilizadas, y á la que debe atribuirse la carencia ó frecuencia de los trastornos mentales, consiste, respecto á las primeras, en una suma menor de afecciones, en la uniformidad de costumbres, en la invariabilidad de las instituciones sociales, en la disminucion de sus necesidades, en el hábito de las privaciones, y en que la vida más conforme con los instintos hace á los individuos más aptos para soportar los trabajos, resistir el dolor, afrontar los peligros, sufrir los tormentos y contemplar la muerte con valor y calma. Y por el contrario, con relacion á los segundos, esto es, los civilizados, las cualidades sobresalientes de su posicion pueden resumirse diciendo, que en proporcion á que es más grande la agitacion entre los hombres, mayor es tambien su agitacion moral; que cuando los sentimientos son más numerosos y sus pasiones se hallan más excitadas, más próximos están sus sentimientos y pasiones á desbordarse; que entre nosotros hay contínua embriaguez de emociones, de dignidad personal, de impresiones siempre nuevas; y por todo ello, infinitas decepciones, amargos desengaños é inmensos dolores.

Estas reflexiones nos ponen ya en el caso de aclarar y fijar de una vez nuestro pensamiento.

Dígase en buen hora, y esta es una verdad inconcusa, que las enfermedades producidas por las pasiones, sean estas voluntarias ó involuntarias, buenas ó malas (porque tambien hay pasiones buenas, sin las que nuestras afecciones, nuestra vida, nuestro ser moral, las ciencias, las artes y cuanto nos eleva perderia sus encantos), son incomparablemente más frecuentes que todas las que dependen de los demás modificadores de la economía. Y no se culpe, siem-

pre con injusticia, nuestra sensibilidad (1), porque entre aquellas enfermedades figuren las enagenaciones.

Nuestra conciencia se subleva contra la afirmacion absoluta de las dos proposiciones que han motivado esta discusion; porque exagerando la influencia recíproca de las pasiones y de la civilizacion en las enfermedades mentales, han dado lugar á las falsas consecuencias deducidas por algunos, de que *la locura no difiere de las pasiones sino por su duracion*: de que *depende del hombre ser ó no enagenado:* de que *las pasiones más bajas y viles son las que desenvuelven la enagenacion mental*, y otros absurdos de que nos hemos ocupado ya en este discurso. Y en efecto, ¿no seria el mayor de los errores en medicina suponer una precisa analogía, mejor dicho, hacer de una misma condicion, un mismo orígen y una misma esencia, sin otra diferencia que la cantidad, una emocion moral violenta, agradable ó dolorosa, ó cualquiera otra causa morbífica, y una hemorragia cerebral ó un flujo de vientre, porque estos padecimientos sobrevienen á veces á consecuencia de las causas expresadas? Pues bien: á este lamentable absurdo, á tan palpable contrasentido nos conduce la falta de análisis en las proposiciones discutidas.

Los que creen ver esa analogía directa ó enlace casi necesario entre las pasiones y las enagenaciones mentales, ya generales, ó bien circunscritas, han olvidado tambien otra circunstancia muy esencial.

La infancia no padece la locura, al menos que al nacer no traiga el individuo algun vicio de conformacion cerebral, ó que convulsiones ú otros padecimientos del encéfalo causen la imbecilidad ó el idiotismo, que son defectos de la in-

(1) De 490 enagenados admitidos en dos años en los hospitales de Paris la Salpêtrière y Charenton, por consecuencia de causas morales, en 273 fueron estas el miedo ó el terror, la miseria y pérdidas de fortuna. En los demás dieron orígen á su enagenacion, un amor contrariado, trastornos políticos, el fanatismo, los celos, la cólera, el amor propio ofendido, la ambicion engañada, excesos de estudio y la misantropía.

teligencia, no aberraciones de la misma. Las excepciones en contrario son tan poco numerosas, que no pueden destruir la regla general. Estadísticas hechas en los asilos de la Salpêtrière, Charenton y Bicêtre, en un periodo de catorce años, no producen un solo individuo menor de quince. Aún hay más: el número de los que tenian la edad de quince á veinte, formó la décima octava parte de los admitidos, cuando el de los de treinta ascendió al tercio de aquellos (1). Esto demuestra que la enagenacion no existe en la niñez, y que es menos frecuente en proporcion á la menor edad. ¿Sucede lo mismo respecto á las pasiones? ¿Está tambien el niño en la primera y segunda infancia al abrigo de estas? De ninguna manera. Tal cuestion no es siquiera discutible. Cada edad tiene sus pasiones, y el niño desde su nacimiento, en la lactancia, con los primeros rudimentos de su educacion, por el poderoso influjo del ejemplo, y hasta por la debilidad de su organizacion, adquiere las correspondientes á su posibilidad, y los gérmenes para resistir ó experimentar las pertenecientes á otras épocas. ¿Quién no los ha visto sufrir los celos, la gula, la pereza, la soberbia, la ira, el miedo, el espanto, y algunas pasiones más? ¡Ojalá que pudieran llegar á la adolescencia sin que aquellas hubiesen tomado un rápido vuelo! ¡Oh! Entonces, todas las probabilidades estarian por la calma en las edades futuras. Y no se diga que no habiendo adquirido el individuo su cabal desarrollo, la pasion tambien es débil, é incapaz, por tanto, de producir el trastorno de su inteligencia. Para desvanecer este error invocariamos los hechos, de-

(1) No guardan estas proporciones las edades con relacion á la criminalidad.

De 23,609 penados en las audiencias de España en el año de 1860, 3,268, es decir, algo más de la sétima parte, tenian la edad de nueve á diez y ocho años. Y de 7,858 acusados ante los tribunales del crímen (*Cours d'assises*) en Francia en 1839, la sexta parte no pasaban de veintiun años; cuya proporcion se repite con admirable regularidad en los años posteriores.

masiado frecuentes, en que aquellas minan sordamente la existencia de estos desgraciados seres, produciendo perturbaciones morbosas que los agostan en su tierna edad, despues, ó de una manera súbita y repentina.

Para que los caracteres diferenciales entre las pasiones y las enagenaciones mentales aparezcan en toda su evidencia, definamos al enagenado, describiendo todas las condiciones esenciales de su padecimiento, *sea cual fuere la forma que afecte*.

Sigamos tambien á Guislain en este análisis.

Presenta la enagenacion mental los puntos capitales siguientes: 1.° Un contraste manifiesto con los actos é ideas de las personas reputadas sanas de espíritu, y con las ideas y actos habituales del sugeto.—2.° Este estado es congénito ú ocasional.—3.° Es considerado por los hombres científicos como la expresion de un accidente morboso.—4.° Tiene un carácter crónico.—5.° Es apirético.—6.° Ofrece tendencia á reproducirse periódicamente.—7.° Produce una imposibilidad, más ó menos absoluta, de conformarse con las leyes y los usos establecidos.—8.° Igualmente impide al sugeto gobernar bien su persona y bienes.—9.° Es un estado frecuente de irreflexion.—10. Siempre de irresistibilidad.—Y 11. Tambien de irresponsabilidad.

Resumiendo estos elementos á una fórmula más concreta, diremos con el autor antes citado:

«La phrenopatía es una enfermedad crónica, apirética, »en que las ideas y los actos están bajo el imperio de un »poder irresistible; un cambio sobrevenido en la manera de »sentir, concebir, pensar y obrar del hombre, en los atribu»tos de su carácter y en sus hábitos; un estado que con»trasta con los sentimientos, el pensamiento y los actos de »los que le rodean; una afeccion que le pone en la imposi»bilidad de obrar en el sentido de su conservacion, de su »responsabilidad, y de sus obligaciones hácia Dios y hácia la »sociedad.»

Como esta definicion es extensa, Guislain la resume ó compendia. A nuestro intento conviene conservarla íntegra. Las exigencias de la lógica producen muchas veces oscuridad en Medicina, donde es más necesario acaso, describir que definir. Nótese que aquella corresponde á la enagenacion llegada á su madurez, ó sea al estado de *sistematizacion* en que principia el periodo agudo, segun antes hemos expresado; y nótese igualmente que, sea cualquiera la forma, variedad ó especie de la enagenacion ó estado phrenopático, hay en él los elementos constitutivos de la definicion adoptada. En una palabra, *la enagenacion mental consiste en el conjunto de estos elementos, y no en ninguno ó en varios de ellos considerados aisladamente.*

Cuando se fraccionan dichos elementos, se pretende examinar la locura bajo un solo punto de vista, y sujetándola á un criterio aislado, aun cuando sea este el moral (como por desgracia se hace con frecuencia), se ofrecen dificultades considerables para distinguirla de las extravagancias y caprichos de un carácter violento ó fantástico, de un dolor moral fisiológico profundamente sentido, de las *pasiones,* del error, de un celo llevado á la exageracion, del vicio y el crímen, del libertinaje, de los apetitos depravados, de la sed de grandeza y riquezas, del desprecio de la vida, de la debilidad de la inteligencia, y de otras distintas situaciones deplorables.

Tiene el hombre, esclavo de alguna ó varias pasiones, las más veces conciencia intelectual de su estado, con frecuencia voluntad potente para dominarlas, sabe disfrazarlas con el velo de la hipocresía, y jamás quiere aparecer al exterior tal cual es en verdad. Hace muchas veces esfuerzos extraordinarios para sustraerse al yugo de sus extravíos, y busca un refugio contra su tiranía en la religion y la moral, en el seno de la familia, en las ocupaciones sociales, en las privaciones y en los socorros de la Medicina.

Nada de esto sucede en la enagenacion mental aguda ó

crónica. El desgraciado que la padece jamás duda de la integridad de su inteligencia, de la precision y rectitud de sus raciocinios. Juzgará tal vez con acierto del estado mental de los que le rodean; pero respecto á sí propio no admitirá siquiera la posibilidad del error. Preguntad á uno de esos individuos por qué se encuentra en una casa de enagenados, y os contestará que por satisfacer en él una venganza, por el odio ó el temor de sus enemigos, por privarle de sus riquezas, posicion social, etc.; jamás os dirá que padece una enagenacion mental. Y si le interrogais por qué lo están los demás que le acompañan, dirá muchas veces, por que son locos. Tan cierto y constante es el error en la apreciacion del estado mental propio en estos individuos, que ínterin existe, por reglada que sea su conducta y acciones, el médico no puede confiar en la declinacion ó curacion de la dolencia. Y cuando tienen la conciencia errónea de la integridad de su razon, cuando se enorgullecen tal vez con la exactitud, claridad y bondad de sus creaciones y de sus actos, ¿cómo esperar en aquellos el disimulo, la hipocresía ni el retraimiento? ¿Cómo y dónde buscar recursos contra tal estado?

Entre los medios morales que se han puesto en práctica para la curacion de las phrenopatías, figura la contradiccion forzosa, y todos los médicos especialistas saben las dificultades, y la mayor parte de veces la ineficacia de este medio.

La duracion ó cronicidad, así como la intensidad de las emociones en la pasion y en la enagenacion mental, marcan tambien diferencias importantes que conviene señalar.

La afliccion y profundo pesar que causa en nosotros alguno de esos accidentes desgraciados que destrozan el corazon, la pérdida de un padre, una esposa, un hijo, la de la fortuna, la honra y otras de su especie, dura más ó menos tiempo, pero se calma, sin embargo: es imposible en el estado normal sostener por mucho tiempo con igual tension nuestros sufrimientos morales. No es que se ha olvidado la

desgracia, que sea ya indiferente; es que la razon, los consuelos y el cansancio han debilitado su energía.

No sucede así con la tristeza mórbida que padecen los desgraciados lypemaniacos; esta aumenta, crece de dia en dia, dura meses, años, y tal vez toda la vida. En vano pretenderemos arrancarles, ni aun por un instante, de su estado de concentracion y de sus sufrimientos. La inmovilidad, la indiferencia á cuanto les rodea, su silencio, la crispatura de sus facciones, la palidez lívida de su semblante, todo revela el intenso pesar que los aflige.

La cólera de la pasion se excita repentinamente, estalla, y se disipa al cabo de algunos minutos, de algunas horas ó de algunos dias; pero en la enagenacion dura más: continúa meses, años, y la vida entera. No hay cólera como la de la manía furiosa, ni dolor como el de la enagenacion melancólica.

En la dificultad de detenernos más en la exposicion de otros fenómenos que establecen igualmente diferencias ciertas entre los padecimientos mentales, llamados monomanías, y las pasiones, hagamos el paralelo de algunas de esas situaciones en que puede hallarse el hombre enagenado y el subyugado por una pasion, que presentan alguna semejanza exterior ó superficial, si no se entra en un profundo exámen, y que con más frecuencia son confundidas.

Aquí seguiremos aún á Guislain, porque nada conocemos más filosófico y científico, en el sentido médico, que pueda convenir á nuestro intento.

¡Cuántos hombres frívolos (dice), llaman la atencion de las gentes, y sin embargo, no son locos, aunque se les designa como tales en el lenguaje comun! ¡Qué de singularidades en sus costumbres, qué variedad de caprichos en la construccion de sus habitaciones, en el arreglo de su casa, vestidos, etc.! Un individuo de esta clase, ¿es loco ante la ciencia? No, ciertamente. Este sugeto tiene un temperamento especial. El verdadero enagenado se encuentra en una

situacion *accidental*. Aquel conoce perfectamente su estado, tiene conciencia de él, nos dirá que no se considera obligado á seguir los gustos y caprichos de los demás, tendrá los suyos propios, y, por extravagantes que sean, hay límites que no traspasará jamás, conveniencias sociales é individuales que observará cuidadosamente, y leyes que sabrá respetar. Reglará su persona y sus asuntos segun un plan, si se quiere caprichoso, pero préviamente formado, y no encontrándose en contradiccion consigo mismo, patentizará seguramente que no es un enagenado. No tiene las condiciones esenciales y características de este estado morboso.

No es la falta de respeto á las leyes, sin la concurrencia de trastornos morales ó intelectuales, y sin otras alteraciones físicas, una prueba suficiente de esa locura en que se cree hallarse los perturbadores del órden público.

Hay temperamentos insubordinados, para los que las leyes son cadenas que es necesario romper; pero estos individuos no son locos, son fanáticos, que saben plegar su voluntad á las condiciones favorables ó adversas á su objeto.

El verdadero *monomaniaco reformador* es un desgraciado, que además de sus ideas subversivas, descubre de todos modos la enfermedad de su inteligencia, la pequeñez de sus concepciones, y una imaginacion que revela el absurdo. Aquí hay un verdadero estado patológico. Hemos presenciado tal vez sus prodromos, ó periodo de incubacion; hemos observado, ó podemos observar, sus diferentes fases, sus periodos de lucidez, durante los que la razon recobra su imperio, así como los de exaltacion en que los abdica. Nuestra observacion puede tambien apreciar cambios especiales en las funciones digestivas, en el pulso, en los movimientos, y en órganos distintos. Sobre todo, este individuo, comparado con sí mismo, presentará la más evidente contradiccion, y añadiendo este criterio, cuya importancia ha hecho resaltar Falret, nuestra conviccion será completa, y la confusion entre el fanatismo político y la monomanía políti-

ca, no existirá para el médico, y será solo uno de tantos errores vulgares que desgraciadamente existen respecto á todas las ciencias.

Los cenobitas del desierto, las personas dedicadas á la vida austera religiosa, los misioneros, los mártires, ¿son personas que gozan de la integridad de sus facultades intelectuales, de su completa razon, ellos, que están entregados á una vida de privaciones y de contínuos tormentos? ¿O serán monomaniacos religiosos, á quienes hace obrar un impulso morboso que tiene á la religion por objeto?

Estos individuos no son enagenados. Su razon no se diferencia de la de los sanos de espíritu entre quienes viven. Solo la impiedad, con tendencias demasiado trasparentes, puede considerarlos en aquel estado; y no es esta, ciertamente, la mayor imputacion que les dirige.

Respetando la fé y virtudes heróicas de que la religion cristiana puede solamente presentar tan sorprendentes modelos, y considerando esa *embriaguez perfecta de amor* de que con tanta elocuencia nos habla Santa Teresa, como un don divino de la gracia que nuestra débil razon no puede suficientemente comprender; dentro del terreno puramente médico, y sujetando á nuestro *criterio* aquellas dos individualidades, encontraremos medios de distinguirlas. Hágase oir la voz del superior en gerarquía para el hombre religioso, y se verá que tiene el poder de modificar ó suspender su austeridad, y reglar sus actos; porque entre las virtudes que le adornan, la humildad y la obediencia sobresalen. Su voluntad cede entonces sin violencia á las moniciones ó mandatos de su superior. El enagenado, por el contrario, no sigue sino sus propias inspiraciones; nada oye, en nada varía sus hábitos, se subleva contra toda voluntad que no sea la suya, la cual pretende imponer á viva fuerza; su estado, por último, es, como hemos manifestado, el de la irresistibilidad.

Con igual certeza puede distinguirse ante la ciencia el fuego devorador de las pasiones carnales, del extravío men-

tal en que sobresalen estos instintos. Omitimos hacer su paralelo, por el respeto que se debe á este lugar.

Divididas hallamos las opiniones de los moralistas y los médicos sobre el estado moral de los suicidas, considerándoles los más, constituidos en una verdadera enagenacion, y creyendo otros que ese atentado triple contra Dios, la sociedad y nosotros mismos, puede llevarse á cabo en estado casi fisiológico. Y en efecto, estando el suicidio relacionado directamente en algunas ocasiones con ciertas causas apreciables, los buenos consejos, la reflexion, un esfuerzo de la voluntad, el espíritu religioso, un error que se desvanece, el temor á la ruina de la familia, al oprobio y otras circunstancias, tienen el poder de modificar y cambiar la determinacion á cometerle aun en el momento mismo de su ejecucion. En el enagenado no sucede así; el suicidio es un acto irresistible. Su resolucion carece de historia y de motivos que lo apoyen. Además del fenómeno principal, revelan fácilmente el estado morboso otros de distinta índole. La enfermedad tiene prodromos, una evolucion, intermitencias y un decrecimiento. Todos los medios morales conocidos carecen de influencia para evitar su ejecucion. Existen, finalmente, el conjunto de datos y de caracteres esenciales de las phrenopatías, que forman el criterio que ha de ilustrar el diagnostico.

No es un enagenado ese hombre que vive en una atmósfera mefítica, yerto de frio, desnudo y mal alimentado, poseyendo, sin embargo, un opulento tesoro, que cubren sus harapos ó su mismo cadáver. Este hombre es un monstruo dominado por la odiosa pasion de la *avaricia*, convertida en un vicio degradante, no en una enfermedad mental. Reunid su historia, y faltan los síntomas de esta, la incubacion, la remitencia, la periodicidad y la irresistibilidad. Si la ley le impusiese un castigo cuando la pasion llega á cierto grado, ya le veriamos modificar sus actos, como sabe reglar su conducta para alejar las sospechas de su riqueza y ocultar á la vista de todos el ídolo á que solo rinde culto.

Convenimos en que pueden ofrecerse casos en que sea muy difícil resolver cuándo el robo, el asesinato, el incendio y otros crímenes, son el resultado de una perturbacion intelectual en el individuo que los comete, ó bien efecto de la perversidad del corazon. Ejemplos tiene la Medicina legal, y ha presentado Georget en abundancia, que convencen de aquellas dificultades. Sin embargo, estas no son invencibles, sujetando al inculpado al exámen analítico-médico de que nos venimos ocupando. La historia de su vida entera, y una observacion prolija, hecha por peritos ejercitados en este género de investigaciones, acabarán por revelar los caracteres del crímen ó de la enfermedad. La imposibilidad de comprender el acusado su propia situacion, sus oscilaciones, discursos y actos, su educacion, la relacion entre el hecho criminal y la posicion y circunstancias del individuo, ó sea la contradiccion consigo mismo, las lesiones funcionales de distintos aparatos orgánicos, con otros datos especiales del hecho, suministrarán la evidencia de la irresistibilidad ó libertad moral en que aquel estuviese constituido.

Terminemos ya estas consideraciones.

He llegado, Excmo. é Ilmo. señor, al límite que me habia marcado, no sin abusar de la benévola atencion del Claustro, y con la desconfianza del que sabe valorar bien la pobreza de sus recursos, y la importancia y dificultad suma del trabajo que tuvo la temeridad de emprender. Ningun juicio más severo recaerá sobre estas páginas, que el que de ellas forma mi propia conciencia.—He dicho.

Santiago Lopez Argüeta.